

En el salón de sesiones se ostentan los retratos de los benefactores ilustres queretanos, más desprendidos.

Aquí se vé al caritativo por exelencia, Br. D. Juan Caballero y Osio y pláceme sobremanera consignar que todos los queretanos, sean cuales fueren sus ideas ó partidos, le han hecho justicia y conservado su memoria.

Aquí está la madre del desvalido, D^a. Josefa Vergara, verdadera heroína á quien después de casi un siglo, bendicen los necesitados alimentados por su desprendimiento.

Aquí, el amparo del que débil infringió las leyes y fué sumido en las masmorras; el ejemplar de abnegación con su propio individuo, D. Fausto Merino.

Aquí, el que de extraño suelo fué traído por la mano providente para hacer del Querétaro eriazó un jardín de perfumadas flores; el nuevo Moisés que con la vara de la abnegación hizo brotar el líquido precioso de lejano suelo, y lo condujo con sus propias manos hasta las secas fauces del sediento pueblo; el benefactor muy insigne Marqués de la Villa del villar del Aguila, á quien Querétaro debe el principal elemento.

El turista que al llegar al suelo patrio recuerde este histórico monumento, no olvidará sin duda los nombres y hechos heroicos de estos campeones de la caridad.

El Palacio de los Corregidores ha sido posteriormente ampliado y restablecido en su parte exterior, mas su forma y obra primitivas, se conserva aún, tal y como la hizo el abogado desprendido D. Martín José de la Rocha.

¡Llor eterno á los que no se apegan á los efímeros alagos del miserable metal!

LXXX.

El Convento de Agustinos. (1)

Es conjunto de hermosura
Y no tuvo rival su arquitectura.

LA historia no conserva desgraciadamente la biografía del fundador y patrono de este suntuoso convento, y sólo nos refiere que lo fué el insigne capitán D. Julián Díaz de la Peña. Sin temor de equivocarme y en opinión de los peritos en el arte, en ningún otro se ve la elegancia de construcción, el estilo caprichoso y decorado que en este.

Apénas se encontrará visitante que á su paso por esta ciudad no se detenga á contemplar su hermosura.

Lástima que su torre no se haya concluido; tal vez la muerte sorprendió al fundador sin ver concluída su obra. Al ménos así se debe inferir del retrato que conserva el convento, el cual toca ya á la decrepitud; pero si fué otro el motivo, debo consignar que no lo he podido investigar hasta ahora.

(1) Los escritores Zelaá en su obra "Glorias de Querétaro" y Alfaro y Piña en su "Iglesias y conventos de México" sufren una equivocación muy notable diciendo que este convento era de religiosas agustinas; pues no fué sino de religiosos de la provincia de San Nicolás de Tolentino de Michoacan.

Desde 1621 debió haberse hecho y fundado este convento, pero se opuso á ella la Provincia de México alegando que le pertenecía dicha fundación; pero por no haberla hecho antes, le fué concedido hacerla á la Provincia de San Nicolás Tolentino de Michoacán.

El 4 de Mayo de 1731 se puso la primera piedra bajo la dirección del M. R. P. Luis Martínez Lucio, provincial que fué de su orden y primer prior de este convento, á cuya muerte siguió la obra Fr. Carlos Benito de Butrón Mújica, quien tampoco la terminó por igual causa, siguiendo con la obra el R. P. Visitador Fr. Felipe Urbiola hasta dedicar el hermoso templo el 31 de Octubre de 1745.

Está construido en las casas que fueron de D. Juan Fernández de los Ríos, de cuyo terreno hizo donación el Rey Felipe V á la Provincia, por cédula de 16 de Enero de 1728.

En la época aciaga de la Reforma, concluyó esta comunidad y el memorable sitio vino á terminar con todo. Primero como queda dicho, fué disuelta la comunidad, en virtud de las tantas veces citadas leyes. Y como éstas prohibieron tener bienes raíces, entraron los adjudicatarios encubiertos con la ley y denunciaron dichos bienes. El templo no se lo pudieron llevar, pero sí tirar todos los colaterales y fundir los ricos metales de que estaban revestidos; y otros, los más sacrílegos, profanaron el sagrario y las imágenes para enriquecerse y tirar en la orgía lo que nada les había costado.

Llegó el sitio y convirtió en cuartel tanto el convento como el templo, quedando á la conclusión,

hecho un inmundo galerón convertido en caballeriza.

Poco después de terminadas las revueltas del país, se le dió una simple aseada al templo, (debido á la escasez de fondos) y volvió á celebrarse el incruento sacrificio.

Sus famosos esquilonos son los mejores de la ciudad.

El Ministro de Gobernación D. Manuel Dublán, convirtió el convento en Palacio Federal instalando allí el 15 de Mayo de 1889 todas las oficinas de la Federación.

El templo ha estado algunas épocas á cargo de clérigos por falta de padres de la orden.

En la época que lo tuvo á su cargo el Sr. Pbro. Lic. D. José M. Arias, hizo el altar del Señor de la Portada situado en el crucero, de cantera con perfiles dorados.

Actualmente el infatigable Fr. Miguel Zavala, está haciendo el altar mayor de igual material así como los del cuerpo de la iglesia, á expensas de la caridad pública.

Causa mucha tristeza ver que mientras los que se apropiaron los bienes de este convento duermen en mullidos lechos, dilapidando los caudales que nada les costaron, los legítimos dueños anden mendigando, por decirlo así, el miserable céntimo, para poner el templo no ya á la altura que estaba, sino siquiera con decencia. (1)

(1) Concluidas las reparaciones y terminados los altares, no cabe duda que su interior corresponderá con su exterior.

LXXXI.

Un Combate en los aires.

En la aurora de la vida
 El niño desea y procura
 Llegar á la edad madura.
 Y tocando en el ocaso
 Quisiera el hombre otra vez
 Encontrarse en la niñez.

EL tiempo pasa, las épocas se suceden y las etapas de la vida no tienen similitud entre sí debido tal vez á esa metamorfosis á que está sujeto todo en el círculo de lo creado.

Tal es el orden natural de las cosas, que lo que hoy es, desaparece mañana, y lo que ayer se acogió con entusiasmo, hoy se repudia con desdén. Y sin embargo de esa continua evolución, hay una etapa de nuestra vida, que cuando ha pasado, (quizá la más fugáz) la generalidad del género humano la recuerda con emoción, deseando con ahínco volver á ella. Esta es la niñez.

Allá, cuando el furor taurino (señal cierta de retroceso) no había invadido nuestra sociedad como ahora, las tardes de los domingos se pasaban en las afueras de nuestro suelo natal, en una diversión muy sencilla é inocente, consistente en despedir cometas ó papelotes (1) de distintas figuras, al viento.

(1) Papalote debe decirse, porque viene de la palabra *Papa-lote* que significa Mariposa, pero el uso la ha corrompido en "Papelote."

Y no se diga que esto era bobera de muchachos, no señor; bastantes personas acomodadas y de la mejor sociedad ocurrían á tomar parte en ella.

Entonces, muy niño yo, era llevado en unión de mis hermanos por el señor mi padre á gozar de ese soláz, que lleno á la vez de atracción y entusiasmo, era por demás inocente é higiénico.

Varias veces presencié los que llamaban combates, y como todo lo del "tiempo ancho" y lo que olía á oscurantismo (?) ha ido huyendo al vivo resplandor (?) de nuestro siglo de las luces, porque á aquellas inocentadas y boberas—como hoy se les dice—han sucedido las corridas famosas, el baile," etc., etc., diversiones todas propias de los avances (?) de la época, no quiero dejar olvidado este modo de solazár el tiempo, propio y adecuado al carácter de los que nos precedieron.

Se hacía con anticipación en un barrio de la ciudad una junta, con objeto de desafiar á otro barrio á tener una campaña en los aires. Se nombraba una comisión y pasaba á ver los principales vecinos del barrio que se pensaba invitar á la lid. Convenidos todos los puntos necesarios para ello, los cuales consistían en el número de combatientes, tamaño de navajas, y precisar en caso de igualdad sobre quien recayese el triunfo, etc., etc., se citaba día y punto de reunión.

Llegado el término, salían ambos ejércitos, por decirlo así, con su música á la cabeza.

Hasta ochenta papelotes llegué yo á contar en uno de ellos. Después de pasearlos en triunfo por las calles, salían al campo donde debía trarse el combate. Unas veces era en el vallecillo del Ce-

rro de las Campanas y otras en el llano de Casablanca ó la Alameda.

Todos los papelotes eran de metro arriba, muy bien adornados y pintados con esmero. En ellos se veían todas las figuras de la baraja, el Sol, la Luna, el Diablo, la Muerte, el mascarón con sus ojos parpadeantes, y muchos otros figurines que no recuerdo; marchando al último entre el entusiasmo de la multitud, un gran papelote de la América en triunfo, representada en una india con todas las figuras simbólicas que es costumbre pintarle en redor.

Había papelote que llevaba hasta siete zumbas de pergamino que formando la entonación propia de un tono, hacía muy buen efecto con el viento.

Reunidos al pie del histórico cerro ambos contendientes, se daba principio á elevarlos, hecho lo cual comenzaba la lid. Entre los papelotes se veían algunos de distintas figuras como cocoles, estrellas, papelotes coates, palomas y otras, que servían solo de ornato, pues no tomaban parte en el combate. Podríamos decir que eran las vivanderas del ejército.

Los muchachos (apéndice que nunca ha faltado en toda bullanga) corrían en todas direcciones con objeto de hacer añicos al papelote que en vertiginosa caída, formando espirales con la cola, se daba por vencido y casi con estrépito, mientras el vencedor una vez caída su víctima, volvía á elevarse garboso, preludiando su triunfo con sus fuertes zumbidos y repetidos golpes de cuerda, dados por la mano diestra que le guiaba.

Recuerdo bien que allí aprendí á conocer por el

papelote, el carácter de quien lo guiaba. Entre aquella nube de papelotes veíase uno que rodeado de fleco del mismo papel y de un puñado de roncas zumbas, lucía en vez de alguna figura, una inscripción en letras descomunales que decía: "El Busca ruidos."

Efectivamente, hacía un ruido atróz y no tenía lugar fijo, no ocupándose sino de hacer destrozo de cuerdas por donde pasaba con su afilada navaja; y en cada triunfo que obtenía hacía grande alarde, en medio de los atronadores aplausos y dianas de la música. Este papelote pertenecía á un muchacho vivo y pendenciero, muy poseído de sí mismo; más no así un "Dos de bastos" que pacífico y callado permanecía en las alturas sin buscar á nadie, y el cual era de un pacífico artesano, de carácter dulce y amistoso, sin pretensiones ningunas.

Ya á la puesta del sol se había despejado por completo el espacio, habiendo desaparecido los más en la lid, quedando apenas uno que otro de ambos campamentos, que luchaban con denuedo por obtener el triunfo, lo cual venía á discernir la suerte ya casi entrada la noche.

Terminado el combate, los papelotes que habían sobrevivido eran llevados en triunfo por las calles, entre la turba, acompañados de la música.

Tales eran las sencillas diversiones de la generación que está casi por extinguirse. Diversiones que hoy se tienen por ridículas, tan sólo porque en ellas no tomaban parte la mujer, el dios estómago y el baile, como en las de nuestra desgraciada época.

Nosotros no lo veremos; pero los jóvenes que hoy comienzan á atravesar el océano, del cual nosotros vamos saliendo, desearán la vuelta de aquellos tiempos felices, hastiados de las diversiones actuales llenas de remordimientos y decepciones.

LXXXII.

Un Suceso Prodigioso.

Y apesar de tantos años
Crece la fé y devoción,
E incólume se conserva
Debido á la tradición.

HABEIS visitado alguna vez la ciudad de San Juan del Río?

¿Habeis entrado á sus templos siquiera por mera curiosidad?

Si me contestais negativamente, razón de más para que os refiera un hecho prodigioso que allí aconteció; y si lo contrario, permitidme que lo repita para que refresque vuestra memoria, á fin que no olvidéis aquel prodigio. (1)

Erase el 19 de Marzo de 1731 cuando Evaristo Olvera, vecino de ese lugar, entró al convento de

(1) Tomado este relato de un impreso existente en aquella parroquia.

San Juan de Dios, huyendo de la justicia que lo buscaba por haber muerto á su mujer Gertrúdis Real, y después de permanecer allí tres días, ya por entretener el tiempo ó más bien por ser su devoto, pintó con un carbón en la pared de la portería una imagen de Jesus Nazareno. El R. P. Pío Fr. Agustín Peñaflo, juzgando desacato lo que no era sino permisión divina, mandó al citado Evaristo borrar aquella imagen, lo cual fué ejecutado por aquel con un lienzo mojado en presencia del referido sacerdote y de Fr. Miguel Mora, religioso también de aquel convento.

Más cual sería la sorpresa del R. P. Pío cuando por la tarde encontró la imagen aún más viva que en la mañana, por lo que mandó se borrara con una piedra de tezontle, quedando así el muro muy maltratado, lo que ocasionó se blanquease luego pasándole dos manos de cal.

Al siguiente día encontró el religioso la imagen aún más clara que las veces anteriores, y lleno de admiración dió aviso de ello al Sr. Cura D. Antonio Rincón y á los vicarios D. Estanislao León y D. Trinidad Espíndola no ménos que al teniente de Partido D. Felipe Marila, y todos juntos unidos á los religiosos del convento acordaron que se picara la pared, terminado lo cual se retiraron dejando gente de confianza que vigilase la portería.

Al día siguiente ya no apareció, por lo que ya comenzaban las conjeturas á tomar creces y los comentarios se sucedían sin interrupción en todo el pueblo, cuya grita se acalló al tercer día, que volvió á aparecer aún todavía más hermoso que nunca.

Se dió parte de nuevo al Sr. Cura, quien convocó una junta de notables y fueron en seguida á presenciar el portento, acordando que se dejara ya en tal estado, conociendo ser esa la voluntad de Dios, disponiendo el Sr. Cura que viniese un pintor y sobre aquel perfil pintase la imagen con el mayor cuidado, más este se resistió por no juzgarse digno de poner sus manos en ella; pero el Sr. Cura dispuso que el pintor se confesase y reconciliase todos los días hasta no concluir la obra.

Entretanto el Sr. Cura ofició al Illmo. Sr. Arzobispo de México, quien mandó á un canónigo para que presenciara aquella maravilla, con orden que se formase allí un templo, celebrándose misa y avisando en todos los contornos, pueblos, ciudades y aldeas, con objeto de hacer pública aquella maravilla que á Dios plugo hacer á dicho pueblo y hoy ciudad.

Poco á poco fué creciendo el culto, haciéndole poco después su capilla, llegando hasta nuestros días la fiesta de su aniversario.

En cuanto á los prodigios que ha obrado con los devotos que van á depositar á sus pies sus fervientes plegarias, apelo á la buena fe de los vecinos de aquel lugar.

Quiera el cielo que el asesino haya sido tocado por la gracia de aquel Señor misericordioso y haya hecho penitencia de su crimen.

LXXXIII.

El Hospital Civil. (1)

¿Quién de los hombres es ante
Dios el mayor y más santo?
El que tiene mayor caridad
sea quien fuere.

RIPALDA.

TODAVÍA el año de 1875 se veían en la entrada principal de este edificio, dos grandes óvalos, en los cuales en grandes caracteres estaban escritas las palabras antes citadas del sabio jesuita, las cuales fueron borradas en la época que estuvo al frente de la administración el Sr. D. Trinidad Santelices, (hoy diputado) si mal no recuerdo, el cual

(1) El primer hospital que existió en esta ciudad fué fundado por el conquistador D. Fernando de Tapia y sostenido en su mayor parte á sus expensas. Murió este, y su hijo D. Diego que heredó el cacicazgo y con él la piedad y abnegación de su padre, convocó á los vecinos principales, y siguiendo la iniciativa del V. Bernardino de Alvarez y conforme sus estatutos fundó un hospital bajo el título de "La Purísima Concepción" administrado por los PP. Hipólitos que vinieron de México; y aunque en el primer tercio del pasado siglo se les quitó la administración á los dichos padres, el hospital permaneció desde su fundación en el hoy templo de S. José de Gracia, teniendo la entrada (que aún todavía existe) por la calle de los Locutorios.

Allí permaneció y regentado por el gobierno desde las leyes llamadas de reforma, hasta el 63 que como adelante se vé, motivos de higiene hicieron se cambiase al convento de Santa Rosa.